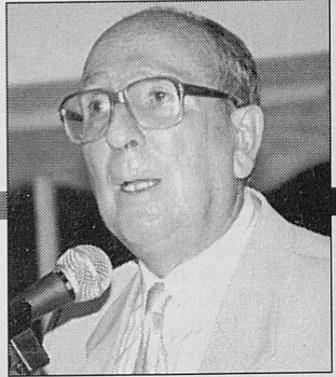


José Martín Recuerda

Vida y obra dramática IV



Teatro y enseñanza como necesidad creadora

Encuentro con la Universidad

Bien claro nos queda ya que, gracias a don Benigno, nuestro autor no sólo acabó de superar el bache psíquico que había sufrido, sino que pudo terminar el bachillerato y preparar su ingreso en la Universidad. Y lo más curioso es que ese ingreso en la Universidad se lo debe, como él siempre remarca, a lo bien que don Benigno le preparó su asignatura más temida: las matemáticas.

Represiones, miedos, carestía, lucha por la supervivencia, desengaño, todo ello será el entorno social en el que un poeta - a pesar de él - comienza a surgir. Esta es la vivencia directa de José Martín Recuerda; su percepción de la realidad en que vive. El joven autor buscará ampliar esta realidad en el contacto con el mundo exterior y de las ideas, es decir, accediendo al mundo de la cultura. Vano y frustrador intento para un poeta vocacional en los años de la posguerra española. Los caminos que llevaban a la Universidad difícilmente podían ser recorridos, sino por unos pocos que, o bien pertenecían a la clase económicamente fuerte o a la de los victoriosos en la guerra. La meta, la Universidad, no era sino un vegetal escasamente tecnicista, falto de vida y de curiosidad intelectual. De todas formas, nuestro autor, luchó para superar estos impedimentos y poder buscar el clima, estímulo y conocimientos que le dieran ayuda para poder expresar con toda la potencia que su carácter creativo exigía, el espacio vital que le rodeaba. Luchó y llegó a la Universidad, superando los problemas económicos que existían en una casa de humildes trabajadores y familia numerosa, más aún si añadimos los momentos por los que pasaba el país, la falta de tradición y, por tanto, de credibilidad en el sentido práctico que para una familia pobre española pudieran tener los estudios universitarios. En el aspecto político, su entrada en la Universidad no ofrecía problemas ni estímulos, sino que era indiferente. Más de una vez el autor ha confesado que su familia sólo se ha manifestado en el trabajo diario de sol a sol.

Como vemos, un personaje así no podía pasar por la Universidad española de aquellos



Martín Recuerda, de la mano de María Olóriz (izquierda) y Josefina Garrido (derecha), saluda al final de la representación de *El Romance del conde Alarcos* (anónimo), representado por el TEU granadino, en 1953, en el Aula Magna de la Facultad de Medicina de la Universidad de Granada.

años impunemente, sin que en la aventura no dejara sueños e ilusiones y ganara en frustraciones, aún más radicales que las que le proporcionaba el medio ambiente en el cotidiano vivir.

A la represión social, política e intelectual de aquellos años de posguerra española, hay que añadir la consuetudinaria mediocridad que arrastra el modelo universitario, especialmente en España, desde los tiempos renacentistas. Tenemos una Universidad como poder de encauzamiento y represión; un modelo de domesticación a través de la cultura. Ser, por naturaleza, algo (poeta, santo, educador) es un acto de rebelión en un mundo planificado para preservar a los desposeídos - que somos casi todos - contra natura; contra los fenómenos imprevisibles de la naturaleza. Los meteorólogos previenen las tormentas; la Universidad es el pararrayos que enfría la chispa del amor cósmico y la creatividad intelectual. Pero la tormenta cae y el rayo de la creatividad es indestructible, sólo almacenable por un período de tiempo más o menos largo, cambiándolo constantemente, en el mejor de los casos - de una teoría a otra teoría -, en un continuo tomarle el pulso a su poder des-

tructivo y vivificante: esa continuada protección es lo que solemos llamar cultura, es decir, cultura suministrada por los almancen universitarios. Pero el creador tarde o temprano, como la tormenta vivificando la tierra, sale a la calle para fertilizar a aquellos que no quieren guarecerse de la realidad vital. Más de una vez, José Martín Recuerda ha declarado: "Todo aquel que ama algo o alguien de verdad es rechazado, sobra en la sociedad en que vive". No olvidemos que ésta es una de las tesis fundamentales de su teatro.

¿Qué no sería entonces la Universidad española de aquellos años, sujeta no sólo a la función - aunque implícita y con excepciones personales - que, si aceptamos lo arriba dicho, esta institución ha desarrollado en el mundo, sino que además nuestra Universidad estaba sujeta a un sistema dictatorial, por definición arbitrario y contra natura? Pero nada tan auténtico, real, como el sentimiento que el propio Martín Recuerda tenía acerca de la Universidad y de su propia vida por aquel tiempo; un sentimiento que expone, con apasionada sencillez, en carta dirigida a su maestro (sin fecha y sin despedida, pero que el

propio don Benigno data en el sobre con fecha de 15 de julio de 1949):

Querido D. Benigno:

Como ya le dije atravieso desde hace tiempo agudas crisis espirituales tanto de tipo sentimental como intelectual. Veo con tristeza cómo me acobardo ante las cosas, cómo pierdo la valentía en el hacer y en el decir. Yo recuerdo que, cuando más joven, estos años atrás, sabía mejor disculpar, tenía más perspicacia en formular mis juicios y sobre todo una rebelión para las cosas que yo mismo notaba la admiración de los demás. Ahora, cada vez me acobardo más, me considero que tengo muy poco valor y apenas sé hablar y escribir con y para los demás. Estoy como muriéndome y temo llegar a la muerte total de aquella valentía y rebelión.

Las causas yo las achaco por un lado a la atmósfera universitaria y por otro a la vida-ambiente en que vivimos. Necesito verme libre de la Universidad y de esta vida-ambiente. La Facultad de Letras, aparte de enseñarnos a ver la podredumbre de sus almas, nos crea demasiados prejuicios intelectuales, nos enseña a ser meticolosos, ridículos, enfermizos del

"decir" y del "expresar", en una palabra: nos quita personalidad, individualidad. Esto por sí solo habla de una sociedad enferma y caduca que nos enseña a ser enfermos y a ir muriéndonos poco a poco en un lecho de angustia. Como yo estoy como el pájaro ciego, siento la necesidad de mandarle, de enviarle mi angustia interior, mi grito de soledad y de agonía y preguntarle, una de las repetidas preguntas que le he hecho durante nuestra vida: "¿Cómo soy? ¿A dónde estoy llegando? ¿Qué seré yo? ¿Quién soy yo?"

De verdad que le hago estas preguntas en una oscuridad profunda y en una necesidad humana también profunda. No tengo luz. ¡Qué tristeza! ¡Qué honda tristeza! ¡Estar en plena juventud y no ver!

D. Benigno: ¿será porque vivo indiferente a la creencia en Dios? Porque, eso sí, Dios está arraigado en la raíz última de mi ser, y en los momentos más hondos de mi vida, lo llamo, le grito... y parece como si una voz muy lejana... me respondiera, me enviara el eco de una palabra de consuelo. Sin embargo en la vida diaria, en mi vivir diario, me creo que no existe Dios... o que Dios me desampara.

A pesar de todo, quisiera, yo quisiera, seguir rebelándome, ir encontrando sentimientos e ideas libres, ir desterrando ideas viejas para decir con libertad: ¡soy no hombre sino héroe! ¡Ahora sí que sé vivir! Pero ¿cómo poder? ¿Cómo poder?

No obstante, y con miles de apuros, José Martín Recuerda acabó sus estudios de Filosofía y Letras. Ni el ambiente familiar ni el de la Facultad, le facilitaban su tarea universitaria. Se veía obligado a salir de su casa para, con relativa tranquilidad, poder estudiar en alguna bodega - generalmente "Las Tres Emes" o "La Cueva" - a la vera de un vasillo de vino; en los pasillos y aulas de la Facultad, toda su bondad e ingenuidad tropezaban con un mar de estulticia, pedantería provinciana, beatería e hipocresía. Sólo pudo encontrar alguna comprensión en profesores como don Emilio Orozco (curiosamente a partir de la consagración artística, del reconocimiento, más o menos polémico, pero indiscutible, de Martín Recuerda como creador dramático, parece que don Emilio comienza a percibir su valiosa singularidad pedagógica, como así lo demostró - y hemos de ver - en muy especiales momentos de la vida de su alumno) y don Alfonso Gámir (ya citado). De la Universidad, por lo general, sacó humillaciones y complejos - la carta arriba citada y algunas otras declaraciones de él así lo atestiguan -, pero en oposición a la pobreza y poca inquietud intelectual de las aulas, ganó amigos entre sus discípulos, sobre todo, con tres de ellos: Gregorio Salvador Cajas (catedrático de Lingüística en la Universidad Complutense y miembro de la Real Academia Española), Anita Rosa Carazo (catedrática de Literatura Española de Instituto) y Conchita Jurado (catedrática de Latín de Instituto), quienes le ayudaban en los aspectos más áridos de los estudios y con los que creó un clima de curiosidad y apetencia por conocer todo aquello que era tabú - y lo era casi todo - y donde se presentaba que estaba el verdadero maná del espíritu y de la mente. Por cierto, la amistad con estos tres discípulos, jamás fue interrumpida, a pesar de las distintas obligaciones o distancias, y continúa felizmente.

En resumen, de la Universidad aprendió José Martín Recuerda cómo no se debe enseñar, cosa que, como es lógico, le habría de producir un verdadero calvario de sinsabores y quebrantos, como más adelante comprobaremos. Pero a pesar de estos sinsabores vitales y universitarios estaba, como siempre, don Benigno. Y fue don Benigno quien, trasladada su academia Luis Vives desde Granada a Pinos Puente, su pueblo natal, le dio la posibilidad de dar sus primeras clases y de ganar unas pesetillas que, en tiempos de tanta penuria, buena falta le hacían. Los sábados por la tarde daba una hora de clase en la Academia de don Benigno, por lo que éste le recompensaba con cuatrocientas pesetas al mes: suma



José Martín Recuerda (quinto por la izquierda, de pie) con un grupo de jóvenes árabes que estudiaban en el Instituto "Padre Suárez" de Granada, en donde, por que el tiempo (1957), él era profesor, interino y gratuito, de Lengua y Literatura Española.

nada despreciable para la época. Mientras tanto su creación dramática, razón fundamental de su existencia, proseguía. Y, a partir de ahora, va a ser un continuo diálogo en voz alta con la Literatura Española y universal lo que va a potenciar la pasión creadora de nuestro autor tanto en su obra como en sus clases, convirtiéndose éstas en verdaderos actos de creación a partir, claro está, de los textos y de una bien fundada documentación. Y así es como nos refiere Martín Recuerda su iniciación en la enseñanza y el motivo que da lugar a la creación de una de sus obras:

Cuando don Benigno, quien estuvo a punto de ser fusilado, se fue de Granada a vivir a Pinos Puente, pueblo donde nació, a seguir enseñando, con el tiempo, cuando aún no había terminado mi carrera de Filosofía y Letras, me dio trabajo en su Academia de Pinos Puente. Iba todos los sábados a dar clase. Un sábado de aquellos, que llovía mucho, me encontré al bajarme del tranvía, un pobre circo, donde decían que nadie iba a ver a los artistas y menos a un payaso que no hacía reír. Investigué en aquel circo y surgió mi obra titulada: El payaso y los pueblos del Sur. Los pueblos españoles, entonces, estaban casi hambrientos por causa de nuestra posguerra, y ésta quizá, era la causa del "no hacer reír", tanto en el payaso como en la gente del pueblo. (Conversaciones con el autor).

En el Instituto Padre Suárez de Granada

Desde el día 1 de octubre del año 1952 hasta el año 1962 fue

profesor ayudante, interino y gratuito de Lengua y Literatura Española, en el Instituto de Segunda Enseñanza "Padre Suárez" de Granada. No había catedrático titular en funciones de la asignatura y desempeñó la cátedra, dictando los cursos 4º, 6º y Preuniversitario. Por increíble que hoy día nos parezca, nuestro autor, con toda su pasión y sensibilidad, dedicó diez años de su juventud a enseñar, y hasta apasionar, a generaciones de jóvenes por la Literatura Española. Y más increíble aún: todo ello de forma gratuita (Y así lo contó, con toda verdad y valentía - como siempre -, José García Ladrón de Guevara en los años setenta, en las páginas de Ideal; cosa que sentó muy mal al director de turno del Instituto "Padre Suárez" - y, parece ser que algunos otros, por las amenazas, anónimas, que Ladrón de Guevara recibió - quien trató de negar la verdad sobre este asunto, hasta el punto de que Martín Recuerda envió a Ladrón de Guevara la documentación donde queda bien patente la verdad de los hechos. El tal director trataba - él sabrá por qué - de negar la evidencia del abuso cometido).

La única remuneración posible de un profesor ayudante era, si el catedrático titular de turno se dignaba, o tenía a bien, el reparto de las llamadas "permanencias" (módica suma aportada por los derechos de matrícula de los estudiantes). Mientras, el catedrático titular, destacado en "comisión de servicios" o dando clases en la Universidad, se beneficiaba del trabajo del profesor-esclavo o profesor inte-

rino, ayudante y gratuito. Así es que nuestro autor tenía que seguir dependiendo económicamente de sus padres. La única solución, con el fin de que esta dependencia no resultara muy gravosa, fue dar clases en el llamado bachillerato nocturno; era la única forma de disponer de algún dinero para sus gastos.

Pero esta injusticia, este atropello -tradicional en la enseñanza de nuestro país, y agravado por los tiempos que corrían - no fue, ni con mucho, el principal obstáculo que encontró José Martín Recuerda en el alba de su carrera docente. Ni mucho menos. Cuando llegó al Instituto, con total ingenuidad y ardor juvenil, abrió las ventanas de nuestra Historia y de nuestra Literatura, de lo más vivo, crítico y valiente de nuestra historia literaria, quitando las telarañas y la polilla que la tradición beata y la actualidad roma e interesada de una nueva "unidad de destino en lo universal", querían instalar en las mentes adolescentes y juveniles.

Nuestro joven autor hacía vivir en las aulas del Instituto lo más singular y significativo de la Literatura Española: desde La Celestina de Fernando de Rojas a la Generación del 27, pasando por la Picaresca, nuestros clásicos, en lo mejor de sus vertientes religiosas y profana, y la Generación del 98, sin obviar, claro está, ningún tema tabú que, por entonces, eran casi todos. ¿Para qué contar la de denuncias, traiciones y humillaciones que Martín Recuerda hubo de sufrir por tener la osadía de entusiasmar a sus alumnos con Unamuno, Baroja o Antonio Machado,

entre otros? Por atreverse a comentar con los alumnos ciertas ideas religiosas de don Miguel de Unamuno, fue denunciado por algún "pio" compañero, profesor de religión, y tuvo que ir a justificarse y disculparse ante el entonces Arzobispo de Granada, don Rafael García y García de Castro. Ante esta lucha, que por momentos pudo parecerle excesiva y hasta estéril, lo cierto es que desde entonces hasta hoy, Martín Recuerda no ha dejado de recibir el agradecimiento de generaciones de alumnos que pasaron por sus clases. Muchas veces he sido testigo de este agradecimiento y puedo decir, sin temor a equivocarme, que nada es más gratificante para nuestro autor, ni siquiera el éxito de sus propias obras dramáticas, que este recuerdo emocionado de sus alumnos. (Cuántos estudiaron, posteriormente, literatura gracias a la influencia de sus clases! ¡Cuántos aprendieron en sus clases que el estudio, el acceso al conocimiento no es una pesada rutina, e incluso, en muchos casos, una tortura, sino en un apasionado gozo cuyo dolor reside en la conciencia, cada vez mayor, de nuestra limitada capacidad, de nuestra "consciente" ignorancia...!)

Su labor pedagógica en el Instituto Padre Suárez de Granada, se completó con la creación del Teatro Escolar, maravilloso medio de aprendizaje práctico y transmisión "viva" de la literatura por vía dramática; incitación a la creación literaria de los propios alumnos a través del cuento o relato corto escenificados u obras dramáticas.

A la búsqueda de una dramaturgia

Un horario de clases agotador, clases nocturnas, viajes a Pinos Puente para ver a don Benigno y encontrar el apoyo moral necesario para no desfallecer, no evitan, ¡imposible evitarlo!, que el autor dramático siga escribiendo su obra; una obra escrita, desde entonces hasta hoy, a la caída de la tarde y, sobre todo, los veranos. Así, inexorablemente. Y, desde entonces hasta hoy, una de las preguntas más características de la llamada "malafollá" granadina y que a nuestro autor enfurece especialmente: "¿Sigues toda-

rada en unas vecinas solteras de su propia casa. Las ilusiones... fue dada a conocer al público, por primera vez, en una memorable lectura que hizo su propio autor, y a la que yo asistí, en noviembre del año 1963, en el Aula Literaria de la entonces llamada Casa de la Cultura Hispánica (hoy, creo, Instituto de Cooperación Iberoamericana), en Madrid; Aula que dirigía el poeta sevillano Rafael Montesinos. Cuando he dicho "memorable lectura" me refería no sólo al impacto emocional que produjo el texto leído, a sus indiscutibles méritos literarios, sino a la revelación que para muchos, que aún no le habíamos oído leer

posibilidad de estrenar en Madrid. Leamos un fragmento:

Mi querido amigo: ¡Qué alegría y qué sorpresa fue su carta! De verdad, se lo agradezco mucho. Fui loco de contento a la oficina de Ramón, y allí, de alegría, la leímos dos o tres veces. Después me sentí empujado y creo sinceramente que aún no he hecho nada que merezca la pena. ¡Qué pánico causa el hecho de tener una ilusión que le acerque a uno a la realidad tantas veces soñada!...

Por entonces, José Martín Recuerda, ya había entablado una estrecha amistad con tres autores del nuevo y pujante teatro espa-

gente. Hubiera querido ponerme enfermo para justificarme y no ir. Yo no sabía qué decir. No tuve ánimos tampoco para preparar nada. Al llegar allí y no tener más remedio que hablar, hablé de ti con todo mi corazón... Creo que me asomaron unas lágrimas (no sé si alguien se reía o me compadecía por mi torpeza. Yo, en aquellos momentos, me sentía muy solo, y hubiese querido llorar amargamente).

Adiós, Alfonso, recibe mi agradecimiento y escríbeme cuando lo necesites. Escríbeme, de vez en cuando, como si le escribieras a un viejo amigo que conocieras desde hacía mucho tiempo. Yo

tro Joven Español que, lideradas por Alfonso Sastre, habían de celebrarse dentro de los Cursos de Verano de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo de Santander. Esta invitación fue un estímulo para nuestro autor, al sentirse considerado entre los jóvenes autores españoles del momento a tener en cuenta. El conocer a otros compañeros de toda España, autores y críticos, qué duda cabe, le fue muy positivo. En cuanto al resultado de las Jornadas, volvió bastante decepcionado. Allí impuso Alfonso Sastre su capacidad político-teórica y se habló mucho de teatro centro-europeo: era el comienzo de la entronización hispana de los Brecht, Piscator, Jean Vilar, Oliver, etc., etc.; el comienzo de una nueva colonización: una más de las sufridas en nuestra historia cultural y que siempre han sido - y son - por una picaresca interesada, y han tenido su magnífico caldo de cultivo en nuestra ignorancia y, sobre todo, en nuestro ya legendario papanatismo. Colonialismos contra los que José Martín Recuerda ha luchado desde que nació al teatro hasta ahora mismo.

Viajes esporádicos a Madrid, labor incesante con el TEU, clases en el Instituto, de día y de noche; clases que más que un trabajo, con serlo mucho, son un desahogo y un paréntesis de libertad compartida con unos jóvenes y con unos textos que nos hablan de la verdad de nuestras gentes y de nuestro país; es un salir de la realidad - tristísima realidad - cotidiana para buscar la verdad y, con ella, la libertad; es, en definitiva, atenerse, inconscientemente, a esta máxima de Schiller: "...quien no se atreve a salir de la realidad nunca conquistará la verdad" (La educación estética del hombre. Espasa-Calpe. Col. "Austral", nº 237. Madrid, 1968).

Y tratando de liberarse de la realidad que le oprime, José Martín Recuerda busca esa catarsis liberadora con la creación de su obra fundamental en este ciclo de obras intimistas: El teatrillo de don Ramón.

El teatrillo de don Ramón se terminó de escribir en diciembre de 1957. Al instante de terminar de escribirla, el autor pone estas líneas, escuetas, como un alarido, a su maestro:

(17 de diciembre de 1957)

Querido D. Benigno: ¡Acabé! ¡Qué dolor tan grande! Adiós, D. Benigno.

Y más adelante, a modo de posdata, hace referencia a la realidad de la muerte de su tía María, viuda y sola desde su juventud, que vivía en un piso de la casa contigua a la suya. Él, desde niño, le tenía gran aprecio a esta mujer para la que siempre tuvo palabras de admiración y cariño. Además, da la casualidad de que ella muere en el momento en que acaba de escribir una obra que tenía mucho que ver con la amargura y soledad de personajes granadinos como la "chacha María":

"Murió mi chacha María muy vieja y muy sola. Tenía una mano fuera de la cama. Murió de noche y sin nadie a su lado. ¡Qué dolor tan grande el de su mano!".

Ángel Cobo



Saliendo a saludar al finalizar la representación de *El barbero de Sevilla*, de Beaumarchais, que el TEU de Granada, en representación del Teatro Universitario Español, ofreció en Parma (Italia).

vía escribiendo?". A todo ello hay que añadir la actividad que como director del TEU granadino, desde el año 1952 y hasta el año 1962, llevó a cabo, como más adelante veremos.

Después de escribir *La llanura*, *Los átridas* y *El payaso...*, obras en donde se acusan violentamente las consecuencias de la guerra civil, obras que significaban una vía sin salida y, en la época, hasta una cierta peligrosidad para su autor, éste decide, mejor dicho, se repliega inconscientemente, a escribir varias obras de tipo intimista sobre el ambiente pequeño burgués de la Granada baja y, sobre todo, de la Plaza de Bibarrambla. La primera de estas obras (año 1952) fue *Ella y los barcos*: emigraciones, nostalgia del mar, pasiones familiares truncadas y el recuerdo de una vieja canción oída por el autor a su madre, son el núcleo de inspiración de la obra.

Y en esa misma línea, asistimos a la tragedia de la soledad, la frustración y desamor más radical en el universo dramático de José Martín Recuerda, con la creación (1955) de su obra *Las ilusiones de las hermanas viajeras*; su única obra en un acto e inspi-

sus obras - o incluso las ajenas -, supuso aquella lectura, tan emocionante, tan matizada en todos sus personajes: difícilmente unos actores, sobre un escenario, podrían conseguir un resultado dramático tan auténtico y rico que el que nos brindaba Martín Recuerda en la lectura de su obra. Su capacidad de lectura dramatizada y de recitación no se la han podido negar ni sus más acérrimos enemigos literarios...

El TEU aunque iba siendo para la progresión y aprendizaje del dramaturgo una experiencia fructífera, a medida que pasaba el tiempo, la iba sintiendo como algo repetitivo. El clima social y familiar de la provincia, le ahogaba cada vez más. El sueño para él - como para cualquier autor, antes y ahora - era estrenar en Madrid, poder salir algún día de la provincia donde, excepto un grupo de jóvenes ilusionados, todo era mediocridad, envidia y brutalidad. Ya en el 1952 una carta dirigida por José Martín Recuerda a Fernando Granada, actor y director de la compañía de comedias que formaba con su mujer, la actriz Tina Gascó, nos da idea de la apasionada ilusión que nuestro autor ponía ante la más mínima

ño de posguerra: Antonio Buero Vallejo, Alfonso Sastre y Alfonso Paso. Esta amistad, por correspondencia y en esporádicas visitas a Madrid, fue para él tabla de salvación y válvula de escape de su ahogo y angustia provinciana. Sinceramente, los tres le reconocían como un magnífico autor y no se cansan de darle ánimos y hasta de reprenderle por su tendencia al desánimo y la autocompasión. Una de estas crisis de desánimo y autocompasión, podemos observarla en algunos fragmentos de la carta enviada por Martín Recuerda a Alfonso Sastre en junio del año 1954:

Querido Alfonso: Cuando salí de tu casa y tomé el autobús, me sentí otra vez la "resaca" (...) El domingo os necesité mucho. Intenté buscaros... Salimos en el correo del domingo por la noche sin llevar el consuelo de haberme despedido de vosotros... Llevo una época desmoralizado y sin apenas encontrar estímulos para continuar... Anoche (...) tuve que ir por invitación del cura del Instituto donde trabajo - a hablar de teatro en la Acción Católica. "El teatro como medio de expresión del hombre". Yo soy muy torpe de expresión y no sé hablar ante la

tengo esa sensación de ti: creo que te he conocido toda la vida.

Un abrazo para Eva y otro para ti, Pepe.

El que entusiasmaba a los alumnos en el Instituto "Padre Suárez", de Granada, y más tarde en distintas Universidades norteamericanas y en la de Salamanca, el que leía, y lee, sus obras dramáticas, con tal fuerza y matización que todos aquellos que lo han escuchado dudan que puedan igualarlo los actores profesionales a la hora de su representación, nos dice en la carta: "yo soy muy torpe de expresión y no sé hablar ante la gente". ¿Qué podía decir nuestro autor, con sinceridad - la única manera que ha tenido siempre de decir y hacer -, ante un auditorio de Acción Católica, en aquellos años? A la falta de "diplomacia" llama, humildemente, "torpeza"; al no saber o no poder mentir llama a saber hablar ante la gente. Él, precisamente, la persona que mejor cuenta lo que ama, y lo que más ama es, sin duda, el Teatro.

Y en esa crisis se encontraba cuando al año siguiente, junio del 1955, recibe una invitación de Alfonso Sastre para asistir a unas Jornadas sobre el Tea-